



Caballero andante

FERNANDO QUIÑONES
(Poeta, ensayista y narrador)

¿Estará Jan Vang en su casa?

Ahora empezaba a comprender algo: el asunto era por una mujer. Quería pelear, esto sí lo habían entendido, por una mujer. De lo demás, de aquellos discursos con que los sorprendió, solo pudieron enterarse de palabras o de ideas sueltas. Acababa de decir:

—Tantas honras como trabajos y sufrimientos son los que a la andante caballería se deben. Ir por el mundo enderezándolo, socorriendo al desvalido, son las reglas primeras de la Orden. Pero el amor que en nuestros pechos anidara, ha de quedar no menos cumplido que si se tratase del de otra suerte de hombres, pues, al cabo, hombres somos también, aunque de linaje superior y no ya por cuna, sino por esfuerzo y virtud. Ahora, y para mayor gloria y merecimientos del amor que mi señora me inspira, tengo determinado no salir destas tierras hasta no hallar al noble caballero que aquí tuvo su cuna y tiene su morada, y trabarme con él en singular combate.

Al resplandor del crepúsculo, con la sombra cerniéndose ya sobre la llanura, el individuo, entrevisto a contraluz del escarlata y el negro, pareció aún más irreal y desatinado al grupo de campesinos que lo escuchaba. Eran seis. Volvían de las faenas de la siembra, y estaban ya a punto de alcanzar el pueblo, cuando se les había presentado aquel hombre que se cruza en su camino espada en mano, que la envaina poco después y que los saluda a voces de aquel modo:

—¡Deteneos, pues si sois gente de bien, no dejaréis de responder las demandas y requerimientos que a haceros voy!

Y luego, incomprensiblemente, les había hablado de dragones y de buenas obras, de damas, padecimientos y castillos, de reglas y encantadores y defacedores de entuertos y batallas, de cierto caballero al que andaba buscando y que, por lo que se colegía, habitaba en el pueblo al que estaban dirigiéndose después del trabajo. Sí, en su propio pueblo natal, allí entre las casas de las que ya se encontraban a un tiro de piedra. Al principio, recelosos de la figura y las maneras, pensaron con la mirada en atacarlo: eran seis, y él, uno solo. Luego, y pese a que no lo entendían, supieron que nada malo quería con ellos, y sintieron, además, que les inspiraba un lejano e inexplicable respeto. Sus

palabras, sin duda, eran las de un señor, y tampoco la indumentaria tenía nada de común, aunque sí algo de cómica. Una especie de armadura orinienta le cubría las carnes flacas y desmejoradas, las largas y delgadas zancas, los brazos gesticulantes; arriba, algo así como un sombrero metálico coronaba los colgantes mechones y brillaba, con el sol último, sobre el canoso y decaído bigote. Más allá, un caballejo con una lanza atravesada sobre el arzón, ramoneaba la yerba; era, conforme lo miraba de cuando en cuando, suyo. Y ahora les había hablado de aquel otro caballero, desfacedor o lo que demonios fuese, que era del pueblo y con el que iba a pelearse. Uno de los hombres, Manuel Sánchez, pensó otra vez en detenerlo; pensó en quién podría ser el desafiado, en qué medida podría salir perdedor del lance aquel convecino al que el desconocido buscaba, hasta qué punto iba o no a alterarse, para todos y en el lugar, la paz de aquella tarde como las demás. Imaginó la sangre, la justicia, la desgracia, rondando el pueblo. Pero aún no sabía, ni él ni los otros, con quién quería vérselas el desconocido. Dejaría su intervención para cuando lo supiese. El tipo estaba hablando nuevamente y era, otra vez, de la pelea.

—Mas sabed, oh sencilla gente, que no es ninguna baja venganza la que me mueve contra vuestro famoso caballero, el que detrás de aquellos muros pasea su valor y nombradía. Si voy a desafiarlo, únicamente será en pro de mi gloria y de la suya propia. Pero tate, que a vuestro rústico aunque sano entendimiento no llegarán seguramente estas razones. Así, y ya sin más rodeos, llevadme donde ese famoso solitario que mañana, al quebrar el alba, habrá de medir el fulgor de sus armas con el de las mías, y yo con el suyo la fuerza de mi brazo.

Y, proclamando esto, le centellearon los ojos y echó mano de nuevo al pomo amarillo de su espada.

—Pero, ¿a quién decís que buscáis, señor? —le preguntó por fin Andresillo Enríquez, el labrador más joven.

—¿Cómo se entiende? —replicó el desconocido entonces—. Pues, ¿no sois desta villa? ¿Y cómo yo, que de tan lejos vengo, he oído hablar tanto de su probado caballero, ocultándoseos a vosotros mismos su persona y su nombre? Ea, os lo ruego, no dilatéis el curso de mi empresa, ni temáis que con ella pueda empañarse la fama de vuestro paladín; antes bien, creo que esta justa ha de ser de gran brillo y provecho para ambos. Quiéroos decir que ni mi gloria ni la suya, en buenas leyes de caballería y si así lo quiere el Cielo, tienen por qué sufrir menoscabo en el trance. Conque llevadme donde está o mostradme, al menos, el sitio donde su fortaleza se halla.

Los atónitos labriegos seguían sin entender mayor cosa, pero, repuestos ya de la primera sorpresa, concertaban ahora sus preguntas hacia el interés, la desconfianza y la diversión que el desconocido comenzaba a inspirarles.

—¿Mas cómo decís, señor, que se llama el tal caballero que en nuestro lugar habita? —inquirió Sánchez.

En las colinas finales, el último punto del sol acababa de desvanecerse. Un vientecico fino, el primero de la noche, refrescaba ahora el sofocado rostro de los trigales. Es desconocido bajó la cabeza amonestadoramente.

—No pretendáis negarme conocer el nombre que conocéis tan bien —les instó una vez más con voz grave, despaciosa, intensa.

—Os digo, señor, que no sabemos de quién nos estáis hablando —insistió Andresillo, y se volvió hacia sus compañeros—: ¿Sabéis alguno de vosotros quién pueda ser ese vecino nuestro al que este hombre requiere?

Todos negaron mudamente, pero Tomás el de La Morena acababa de recordar algo, de relacionar algo con algo.

El figurón se acaloraba nuevamente, y aquellos maltenidos sofocos le hacían tintinear alguna pieza suelta en la armadura. Se irguió contra la luz moribunda y desenvainó la espada con gran prosopopeya. Pero ahora, ya, no le temían.

—¡Mirad por vuestros huesos y no queráis torcer, como ruines, la voluntad de un caballero andante! Cincuenta y cuatro días traigo cabalgados, sin temor a fatigas ni a peligros, para llegar a las puertas desta villa y emprender con su caballero el torneo más limpio y famoso que vieran los siglos.

—Señor, no sabemos... —machacó Pedro Conde.

—¡Teneos las negaciones y vengan ya las señas que reclamo! —tronó el desconocido blandiendo la espada—. Pues, ¿qué es esto? ¿Vosotros, que sois de la villa y que en ella lo tenéis, después de haber cubierto medio mundo con su fuerza, podríais ignorar su nombre? En las jornadas últimas, todas las esperanzas me alentaron. A medida que me acercaba al campo de mis deseos, eran las nuevas más seguras. ¿Todos, a la redonda, conocen a esa luz de las Españas y aquí en su plaza fuerte, no? ¡Pues es aquí, es aquí donde mora el ínclito caballero don Quijote de la Mancha, y donde, con la primer luz del día de mañana, verán vuestros asombrados ojos la ocasión más noble destes tiempos! ¡Dios, y cuánto la procuré, sin que mis muchos trabajos de caballería me hayan consentido, hasta ahora, acabarla!

—¿Don Quijote decís? —preguntó otro de los lugareños.

Y todos se miraron interrogantemente.

—Si, don Quijote digo: aquel por quien Castilla es más famosa que por cien de sus reyes... ¡Don Quijote de la Mancha, el león que en civil, antes de abrazar las órdenes de caballería, se llamó Alonso Quijano, dicho el Bueno!

Tomás el de La Morena había completado su recuerdo, ligado del todo su relación.

—Ahora sí sé quién dice —informó al desconocido y a sus compañeros—. Debe ser Don Alonso el loco. Encontrará su casa, señor, a la vuelta del lugar. Una de muy gallarda planta, con mucho verde en el patizuelo. Con decir “La casa de Quijano el loco”, todo el que se tope habrá de indicársela al punto. Pero a ese caballero o lo que fuere, que, por lo que oí contar, tanto se asemejaba a vuecencia, no va a hallarlo ya, señor, ni va a poder desafiarse con él porque falleció mesmamente ayer, Dios lo tenga en su gloria.

Fernando Quiñones, *La guerra, el mar y otros excesos. Cuentos*, Buenos Aires / Barcelona, Emecé Editores, 1966, pp. 98-103. Recogido en *Tusitala. Relatos completos*, Ed. de Hipólito G. Navarro, Madrid, Páginas de Espuma, 2003, pp. 287-290.

N. del A. Tabla de las citas. *Caballero andante*. Tarjei Vesaas, *Johan Tander*.



Antonio Álvarez del Pino, *Don Quijote derrotado tras una nueva aventura*, 2016.